

ti podía ser considerado como una hábil maniobra de distracción y a la vez de relaciones públicas. En momentos en que un sector de la prensa norteamericana aireaba la casi increíble historia de Watergate, algún malpensado pudo creer que a la CIA le interesaba realizar un adecuado revoque de fachada. Ya que la Agencia, oficialmente, no podía entonar un "mea culpa", podía lanzar unos cuantos cristianos a las fieras para que la plebe se fuera entreteniendo. Todo es posible en el reino diabólico de las computadoras.

Acaba de aparecer ahora una novela de Víctor Marchetti en nuestro país: "En la cuerda floja" (Editorial Bruguera, Barcelona, 1977). "En la cuerda floja" —que toma su título de una larga cita de Nietzsche, el famoso cuento del equilibrista en "Zarathustra"— es la historia de un agente de alto rango —ayudante especial del subdirector de la CIA— que un día se pasa a los servicios húngaros primero, soviéticos después. Paul Franklin, pues éste es el nombre del "antihéroe" de la novela, es un perfecto amor al sólo en apariencia. Cínico y descreído en las formas, en el fondo es un norteamericano cabal, cuyo corazón se ilumina escuchando "America the beautiful" y que, bajo su ruda apariencia, guarda una ingenua fe en las posibilidades del "american dream". Franklin pertenece, además, a esos nuevos cuadros de la CIA, tan convincentemente descritos por Mikis Théodorakis en su apasionante autobiografía, "Itinerario personal", publicado el pasado año en España por Galba y que apenas ha encontrado eco entre nosotros. Así, Théodorakis habla de esos nuevos "plebeyos" de la CIA, muchachos procedentes de la clase media baja y del proletariado norteamericano que han sucedido a los sofisticados universitarios, producto de la "intelligentsia" liberal pasada con armas y bagajes a las huestes de Allen Dulles durante la "caza de brujas". A ellos concretamente atribuye el compositor y político la responsabilidad del golpe de los coroneles griegos.

Y este Franklin ideado por Marchetti pertenece a esa estirpe. Odia a los liberales, a los negros, a los judíos, a los estudiantes rebeldes. Solamente se siente a gusto cuando habla con su jefe inmediato, un general del Ejército, viejo y cansado, imperialista visceral, que desprecia a los sofistas del Departamento de Estado y piensa que unas cuantas bombas atómicas lanzadas a su debido tiempo son mucho más

eficaces que los parloteos de las mesas de negociaciones.

La rocambolesca historia de Franklin —traidor a su patria por dinero, condecorado con la Orden de Lenin por el propio Breznev y que termina tristemente sus días asesinado en un aparcamiento de Washington por dos agentes de la KGB, negros para más inri— no es la historia de una toma de conciencia moral. Franklin es, pura y simplemente, un fascista que desprecia su trabajo no por sucio, sino por supuestamente ineficaz. Su lema podría ser ese "Vivir peligrosamente" tan propio de toda la retórica y la filosofía fascistas. Para él lo que haría falta sería un espionaje "limpio", es decir, no contaminado por la política, en el que unos cuantos "boys" duros y con agallas puedan enderezar este mundo traidor donde unos orientales desharrapados vencen limpiamente a la primera potencia mundial. Dice bastante del talento de escritor de Marchetti que semejante personaje esté descrito con la complejidad y contradictoriedad necesarias. Aunque su novela sea un monumento de ambigüedad política. ■ JAVIER ALFAYA.

## El maestro de justicia

Se ha dicho tajantemente que el Antiguo Testamento es el reino de la justicia y el Nuevo el del amor. Lo cual no es completamente exacto, porque la palabra más repetida al hablar de Dios en aquél es la palabra "misericordia", como ha demostrado Garriguet analizando científicamente estos textos sagrados de los hebreos y cristianos. Pero alguna diferencia se nota en el clima de uno y otro Testamento, pudiendo afirmarse que el ambiente del Antiguo es más bien el de la "justicia", que caracteriza los libros escritos antes de Jesús en comparación con los posteriores.

Esto se observa en la lectura de la interesante obra de M. Jiménez (1) que recoge los apasionantes descubrimientos de los llamados rollos del mar Muerto o documentos de Qumran, encontrados en este lugar hace unos treinta años.

Inmediatamente después de estas investigaciones, que dieron lugar a grandes polémicas, se manifestaron dos opiniones contradictorias: la de Edmond Wilson, que afirmaba que el cristianismo nació en Qumran, y, en cambio, el profesor David Flus-

(1) M. Jiménez: Los documentos de Qumran. Ed. Cristiandad, Madrid, 1976.

ser, que señalaba: "No existe semejanza alguna entre la doctrina de Jesús y los textos de Qumran". Llegando incluso a afirmar este especialista que la doctrina que se desprende de ellos fue rechazada por Jesús, a pesar de conocerla de cerca como indudablemente la conoció.

Los textos encontrados son de dos categorías: bíblicos y extrabíblicos. Los primeros aportan una confirmación a los textos de la Biblia hasta ahora conocidos por su evidente y comprobada antigüedad, indudablemente anterior a Jesucristo, según se deduce de las pruebas científicas de la materia sobre la que estaban escritos estos documentos, hechas con el procedimiento del Carbono 14. Los segundos textos no son interesantes ya por su antigüedad, como los anteriores que sirven para demostrar la fidelidad y autenticidad de las copias que poseemos de la Biblia, sino que son interesantes por su contenido para entender el clima espiritual de la época en que nació Jesucristo. Entre ellos los hay de dos clases: los disciplinares y los didácticos u oracionales, que muestran una cierta inspiración bíblica. Entre los disciplinares destaca la "Regla de la Comunidad", que da normas de vida comunitaria para los que solemos llamar monjes esenios, aunque esta denominación no sea exacta. Allí se leen reglas para el celibato, la pobreza y la obediencia, parecidas a las de los monjes del cristianismo; y normas de culto, como el banquete que se celebraba antes ya de Jesús con pan y vino, aunque predominando en esta ceremonia un ambiente de esoterismo muy diferente del vivido por Jesús, esoterismo criticado por él cuando les decía a sus discípulos: "Lo que yo os digo al oído, anunciado por encima de los tejados".

Esta famosa secta religiosa, de carácter ascético, se estableció en el período de los Macabeos, algún tiempo antes de Jesús, y tuvo un tenor de vida comunitaria más o menos rígida según las épocas. Por ejemplo, en el más reciente "Reglamento de Damasco" se suavizan los mandatos más antiguos y se habla más de misericordia que de justicia, admitiendo también a miembros casados. Esta es la regla de vida que corresponde en el tiempo a la época de Jesucristo, y en ella se habla de un misterioso personaje llamado "El Maestro de Justicia", que algunos han confundido con Jesucristo, cosa que carece de toda verosimilitud histórica porque fue otra persona distinta, sacer-

dote y asceta que vivió en una época anterior y organizó esta secta, resultando perseguido, desterrado y abandonado por sus discípulos, y esa es la única semejanza con Jesús.

Quien estuvo muy cercano a las ideas espirituales de esta Comunidad de Qumran fue Juan el Bautista. Y a través de él conectó Jesús con sus ideas y costumbres, que sin duda han tenido influencia clara en el Evangelio. Por eso, lo que hoy se sabe de cierto, como afirma el padre Daniélou, es que estos manuscritos del mar Muerto están estrechamente relacionados con el origen del cristianismo, como también concluye el especialista E. M. Laperrousaz (Los Manuscritos del mar Muerto, ed. Eudeba. Buenos Aires, 1976).

Para aquellos que se interesen por el cristianismo primitivo y sus precedentes, no cabe la menor duda que disfrutarán con estos novedosos datos que aportan estos dos libros que aquí comentamos, siendo el primero más completo en cuanto a los textos y datos relativos a los manuscritos, y el segundo, aportando un comentario a los mismos. ■ E. MIRRET MAGDALENA.

## Noticia de la revista "Galezca"

Acaba de aparecer la edición facsímil de "Galezca" (1), revista de las más singulares del exilio español. "Galezca", anagrama de Galiza-Euzkadi-Catalunya (tríptico que figura en todos los números como subtítulo), se publicó en Buenos Aires con periodicidad mensual desde agosto de 1945 a julio de 1946. En la presente edición los doce números, con un total de 582 páginas, componen un solo volumen.

(1) Leopoldo Zugaga, Editor, 1977.

